

Antibióticos y política

Estreño el 2020 con la obesión de que la humanidad desemboque en una era preantibiótica. Por el abuso de estos medicamentos, se están propagando a un ritmo grave las variedades de gérmenes resistentes a ellos. 70 por ciento de las nuevas bacterias comúnmente encontradas en pacientes de hospitales resultaron resistentes a la primera línea típica de la familia de los antibióticos. En Colombia está prohibida su venta libre, pero vaya usted a una droguería a ver si no le venden una caja. ¿Y cuántos colombianos no recurrimos a dos tabletas para un dolor de garganta, como si el tratamiento consistiera en eso?

Peor aún. Aunque se supone que no se debería, los antibióticos se inyectan comúnmente en reses, cerdos y pollos. En Colombia dependemos de las 'buenas prácticas empresariales' para confiar en que no los hayan criado a punta de su abuso. El Invima no puede tener un policía en cada criadero o matadero. Pero está tan extendido su uso que en la famosa industria cítrica de la Florida se trata con antibióticos (que se recetan para la sífilis y la tuberculosis) una infección bacteriana que contagia un mosquito chino y que, propagada desde el 2005, según *The New York Times* ('Gérmenes mortales, curas perdidas'), contagia el 90 por ciento de los cultivos de naranjas y uvas de este y por lo menos de otros como California y Texas. El uso de drogas antimicrobiales en agricultura puede llevar a mutación de gérmenes



¿Por qué ya no nos curamos?

María Isabel Rueda

que se vuelven resistentes a los antibióticos, lo cual es una amenaza para millones de seres humanos.

Por ejemplo, la aterradora salmonela, una de las más comunes bacterias transmitidas por comida contaminada con heces humanas o animales, frecuente en carne, pollo y huevos, ya tiene 2.500 variedades, varias resistentes.

Mientras tanto, ¿qué está pasando con las farmacéuticas dedicadas a producir antibióticos? Se están quebrando. Cuando a Achaogen finalmente la FDA le dio permiso en EE. UU. para fabricar Zemdri, y lo catalogó como medicamento esencial, no hubo nadie en la compañía que pudiera celebrar. Había quebrado, después de tardar diez años en desarrollar este nuevo producto. Solo dos clases de antibióticos nuevos se han introducido en los últimos 20 años, los demás son variaciones de los existentes. La falta de retorno financiero de las billonarias inversiones que se requieren ha sacado a varias del mercado. Por lo menos en EE. UU., en los 80 había 18 grandes farmacéuticas de antibióticos. Hoy hay solo 3. Puede costar hasta 2,6 billones de dólares desarrollar un antibiótico nuevo. Y se trata de un medicamento que se utiliza solo unos días, como máximo un par de semanas, mientras los que se recetan, por ejemplo, para la diabetes y la artritis son éxitos de taquilla porque pueden llegar a usarse por el resto de la vida.

Si aún no le preocupa el problema, va este otro ejemplo. Según el grupo de investigación Environmental Working, el 71 por ciento de las chuletas de

cerdo que ofrecen los supermercados de EE. UU. llevan bacterias resistentes a los antibióticos. En el caso del pavo, hasta un 79 por ciento. Si este es un país donde la autoridad regulatoria estatal funciona, ¿cómo será en los países donde es débil, incluyéndolos, claro?

¿Pero de dónde viene este ejército de gérmenes resistentes a los antibióticos? ¿Están en todos lados, bajo nuestros pies, en los hospitales, en los intestinos de los animales que comemos, o están sentados dentro de nosotros, esperando que estemos lo suficientemente débiles para atacar? Respuesta del informe del NYT: todas las anteriores.

Al conocer todos estos datos, se me ocurre que al planeta, políticamente, le puede estar pasando algo semejante. Que se está volviendo inmune a los remedios clásicos. Las variedades de políticos que está produciendo el mundo para combatir sus problemas y recuperar la confianza de la gente se está quedando obsoleta. En este clima infeccioso se reproducen los extremos o los populismos, que enferman más de lo que curan. Un remedio clásico, lo mismo que un mandatario responsable, puede ya no servir para curar la enfermedad. La humanidad y particularmente las nuevas generaciones se están inmunizando contra la política, y si no nos inventamos nuevas variedades, la bacteria que conduce a la protesta, al desencanto, a la rebeldía contra las instituciones, a la incredulidad, nos va a ir devorando. Y no va a existir penicilina capaz de curar la infección social.

Por lo pronto, a entender que en el 2020 podemos estar entrando en esa era preantibiótica, en todo sentido.

Entre tanto... La pelea entre tuteos y tuits de Claudia y Petro está de alquilar balcón.

EN CARICATURA

Violencia sin justicia



Rebelión por la Tierra

En buena hora llegó a Colombia la más reciente ola mundial de protesta ambientalista, nacida en Londres con el nombre de Extinction Rebellion (Resistencia contra la Extinción, también abreviado como XR), uno de los movimientos sociales más atrevidos de los últimos tiempos. Su objeto es impedir la extinción masiva de animales y plantas, así como la posible extinción de la humanidad a causa del cambio climático.

La XR nació en 2018 por iniciativa de la organización británica Rising Up (Levantarse), una agrupación de activistas que busca cambios de fondo en las políticas ambientales prevalentes en el mundo. Sus miembros comenzaron por reunirse periódicamente para acordar acciones de protesta contra esas políticas y luego pasaron a la acción con el lanzamiento de la XR.

Lo más llamativo de esta rebelión en plena gestación en el mundo es que entre sus promotores hay personas que pasan de los 70 años y no pocos son mayores de 80. Varios de ellos, como Phill Kington, un ciudadano británico de 83 años, se han hecho célebres por realizar actos tan audaces como encadenarse a los trenes, bloquear puentes, pegarse al piso en los espacios públicos, ocupar centros comerciales o interrumpir el tránsito.

Se enorgullecen de llamarse 'los arrestables' porque con sus actos desafían abiertamente a las autoridades para que los pongan presos. Una de sus últimas acciones la protagonizó un activista que se trepó a



Contra el cambio climático

Leopoldo Villar Borda

una chimenea industrial de 20 metros en Bristol. Otro atrajo la atención de todos los medios británicos al disfrazarse como el primer ministro Boris Johnson, con peluca incluida, y escalar un andamio levantado frente al Big Ben, uno de los monumentos emblemáticos de Londres.

La rebelión se extendió primero en Europa y Estados Unidos, donde ganó adeptos con rapidez y adquirió una creciente visibilidad. Sus actos de desobediencia se han realizado en más de 60 ciudades, y a las filas de sus seguidores se han incorporado numerosos activistas en África y América Latina. Grupos de ellos están activos en Bogotá, Buenos Aires, Santiago de Chile y São Paulo.

En Estados Unidos, el movimiento ha contribuido a atraer la atención del público y de los aspirantes a suceder a Donald Trump en la Casa Blanca hasta el punto de elevar el tema ambientalista en la lista de prioridades del electorado para las elecciones de este año. Hasta hace poco, el principal *issue* o tópico de discusión entre los precandidatos presi-

denciales era la salud, y luego estaban la inmigración, la economía y la educación, pero las prelacones están cambiando.

Esto no es de extrañar porque los efectos del calentamiento global se están sintiendo con creciente rigor en el territorio estadounidense. Los devastadores incendios en California y las destructoras tormentas en otros estados han abierto los ojos de los políticos y de la población en general sobre la necesidad de atender este frente. Están surgiendo voces que piden adoptar la lucha contra el cambio climático como un propósito nacional.

Ya se habla, por ejemplo, de la necesidad de un Nuevo Trato Verde, a semejanza del Nuevo Trato que promovió Franklin Delano Roosevelt en los años 30 del siglo pasado para enfrentar la Gran Depresión. Voces tan prestigiosas como la de Thomas L. Friedman, columnista de *The New York Times*, han planteado que la mejor bandera de los demócratas para derrotar a Trump en noviembre podría ser "la carrera por la Tierra", por analogía con "la carrera del espacio" propuesta exitosamente por John F. Kennedy en su campaña por la presidencia en 1960.

En Colombia debería ocurrir algo parecido. Por su gran riqueza natural y su biodiversidad, el país está llamado a ocupar un puesto de vanguardia en esta lucha. Por fortuna hay signos alentadores como los triunfos electorales logrados en 2019 por el partido Alianza Verde, uno de cuyos principales principios es la defensa de la Tierra.



Tiro directo
Mauricio Vargas

Crudo y negro

El viernes al amanecer, en el aeropuerto de Bagdad, misiles lanzados desde un dron militar de Estados Unidos acabaron con la vida del general iraní Qasem Soleimani, hombre clave de las operaciones internacionales de la Guardia Revolucionaria del régimen de los ayatolá. Washington lo culpaba de ataques terroristas en Irak y otros países, en contra de militares y civiles estadounidenses. El martes, jóvenes iraníes chiiitas alentados por la red de apoyo de Soleimani en Irak habían cercado y atacado la embajada de EE. UU. en Bagdad, y eso decidió a Donald Trump a ordenar el ataque contra el poderoso general iraní que, al morir, acababa de aterrizar en el aeropuerto de la capital iraquí.

Aunque parezca un asunto lejano e innecesario, pues no es fácil entender las luchas entre las facciones islamistas en el Medio Oriente y el papel de EE. UU., la noticia ya tuvo efecto en Colombia: el precio del petróleo Brent, de referencia para nuestro crudo de exportación, que se venía moviendo alrededor de los 60 dólares por barril, se disparó en cuestión de horas hasta rozar los 70 dólares, ante los temores del mercado a una desestabilización general de la región que más petróleo produce en el mundo.

Los expertos calculan que, por cada dólar de exportación petrolera, Colombia recibe más de 400.000 millones de pesos al año. Un alza de unos pocos dólares dispara las utilidades de Ecopetrol, las regalías y el conjunto de la actividad económica en un país cuyas exportaciones dependen entre un 55 y un 60% del sector liderado por el crudo y sus derivados. Por eso, en el Ministerio de Hacienda la noticia de las tensiones en Irak, Irán y el resto de esa zona debe haber sido recibida con interés, incluso con optimismo.

A mí, en cambio, me preocupa. No el alza coyuntural, que sin duda mejora las perspectivas para el erario, sino lo estructural: que el país siga siendo tan dependiente de sus exportaciones de crudo. Cuando el petróleo se cotizaba por encima de 100 dólares el barril, el país creció y las condiciones económicas y sociales mejoraron, tanto que fue posible bajar varios puntos la tasa de pobreza. Pero, así mismo, el frenazo económico de los últimos años tuvo que ver con la caída de los precios del llamado oro negro.

Aunque hubo esfuerzos importantes y algunos resultados puntuales, en los años de bonanza petrolera Colombia no consiguió aprovechar esos recursos para impulsar en grande otros sectores exportadores y, de ese modo, diversificar sus ventas al exterior y reducir la dependencia del crudo. Por ejemplo, si los enormes recursos fiscales que llegaron cuando el petróleo rondaba los 110 dólares hubiesen financiado el desarrollo de la agroindustria en la altillanura, en el oriente del país, y el Congreso hubiese aprobado algunas reformas legales para atraer significativas inversiones en el campo, Colombia habría podido morder una tajada del gigantesco mercado mundial de maíz, soya y otros cereales y granos.

En 2017, Argentina exportó 37.000 millones de dólares en soya y otros granos y derivados como harina, aceite y biodiésel. Algo similar ocurre en Brasil. Colombia sigue por fuera de esos negocios, y de otros en materia de manufacturas y tecnología, y aquí estamos condenados a festejar con cohetes el alza del petróleo y a llorar a mares su caída. El presidente Iván Duque debería encabezar un gran pacto nacional, con gremios y sindicatos, para diversificar la canasta exportadora, y aprovechar el buen momento de los precios para financiar esos planes. De lo contrario, esa dependencia mantendría la economía colombiana en estado crudo. Y si vuelven a caer los precios o, incluso, si la justificada ofensiva mundial contra los combustibles fósiles llega a tener éxito, entonces tarde que temprano el panorama se vería negro.